

tóricos se perdían y estrellaban tristemente en la general indiferencia. «Somos, exclamaba Pio delante del colegio de cardenales, demasiado débiles para empuñar la espada; mas, á imitación de Moisés arrodillado en el monte mientras Israel pugnaba con los amalecitas, en las tablas de una nave elevaremos el sacro cáliz á Dios en demanda de la victoria para nuestros guerreros.» Nadie oyó estas elocuentes palabras. Todos los príncipes laicos permanecieron silenciosos é indiferentes: los Esforzas tacharon de mezquinos los armamentos para una empresa tan grande; los Médicis dijeron que un Papa viejo se metía en calaveradas de joven; los reyes de Francia enviaron alguna que otra ofrenda de aparato y de honor; los Emperadores de Alemania no quisieron que, so pretexto de alimentar las cruzadas, se perdiera y se arruinara tristemente á su pueblo.

El día 19 de junio de 1464 encaminóse Pio II á la ciudad de Ancona, devorado por la fiebre, y tendido en triste lecho, sobre barca que lo llevaba por el Tiber y que parecía arrastrarlo á la eternidad. En efecto, su desmayo era tanto y tanta su tristeza que, al descender á la orilla y mirar á lo léjos la Ciudad Eterna, le dirigió un último adios en suprema y congojosa despedida. Quien le viera triste, solitario, abandonado, desliziéndose por la corriente, no diría que iba movido de un pensamiento tan alto á una empresa tan grande. Dos únicas naves habia podido reunir en el puerto de Ancona, que flotaban tristemente, como para mostrar la irremediable decadencia del Pontificado. Por fin, el día 12 de agosto, las naves de Venecia en algun número llegaron mandadas por el dux Cristóbal Moro. Mas el día de su llegada no pudo ya verlas, no, la vista nublada de Pio II. Sin embargo, hizo abrir las ventanas del palacio episcopal erguido sobre una eminencia, y mirando con tristísimo mirar de moribundo, al caer la noche eterna sobre sus ardientes retinas, el sitio misterioso por donde sale el sol en aquellos cielos espléndidos y en aquellos mares luminosos, conjuró á los príncipes, á los cardenales congregados en torno de su lecho, en palabras que tenían aun sabor retórico á pesar de cortarlas el hipo de la agonía, para que fuesen á levantar el Imperio griego, á redimir á Constantinopla en su serrallo, á poner el lábaro de la Cruz en las cúpulas de Santa Sofía, á emprender y cumplir una cruzada que podia ser parte á la toma y reconquista de Jerusalem. Cuentan que Augusto, al mo-

rir, viendo tan admirablemente desempeñada por él hasta el fin la comedia de la vida, gritó: «aplaudid.» Igual aplauso merecia este Papa de una vida tan teatral, y que espiraba en una grande escena, delante de una empresa y de una cruzada de teatro.

No puede calcularse bien cómo se conmoviera el ánimo de Savonarola, midiendo la inmensa desventura de la toma de Constantinopla y comparándola con los medios ineficaces empleados para remediarla. Si de alguien podia y debia esperarse la reforma eclesiástica era de aquel Pio II, empeñado en lograrla durante el Concilio de Basilea. Si alguien tenia deber de convertir el absolutismo pontificio en la democracia cristiana era el orador capaz de sostener entre los padres de Basilea las ideas mismas sostenidas por Gerson en otra ocasion semejante en presencia de los padres de Constanza. Merced á estas ideas, la infalibilidad debe residir en el cuerpo de la Iglesia y no en la cabeza del Pontificado. Merced á estas ideas, los Concilios deben reunirse perennemente á fin, no solo de legislar en la Iglesia, sino tambien de celar el Pontificado é intervenir en su autoridad y en su gobierno. Indudablemente el poder supremo repartido, como la sangre, por todo el cuerpo eclesiástico, impidiera la triste desorganizacion, á que, por culpa de las arbitrariedades pontificias, habia llegado la Iglesia Católica. El hecho de haber caido Constantinopla, sin que alcanzara todo el poder pontificio á evitarlo, extinguía la fe, no solamente en las almas superiores, sino en las mismas muchedumbres. Así, la legion de los santos, numerosísima en otro tiempo, iba poco á poco acabándose. Y los santos mismos, en vez de aquella piedad mística, espiritualista, superior, de San Francisco, de Santa Clara por ejemplo, mezclábanse en los asuntos del mundo, en los negocios políticos, en las batallas de los Parlamentos y de las calles, como puede verse por las vidas de Santa Brígida, de San Vicente Ferrer, de Santa Catalina de Siena. Savonarola sabia dos cosas verdaderamente tristes para un alma cristiana, sabia que Jerusalem no seria nunca arrancada al poder de los infieles, y que bajo ese poder hasta cierto punto incontrastable, caía rendida tambien, y rendida quizás para siempre, la bendita Constantinopla. Al fin San Francisco moria en siglo donde aun brillaba la fe y aun se habia visto resplandecer de nuevo la cruz en las cúpulas del Santo Sepulcro; San Francisco habia formado una democra-

cia religiosa, que podia descansar la frente por entonces en el seno de la Iglesia como San Juan Evangelista en el regazo de su divino maestro; pero Savonarola se encontraba con una Iglesia, á quien los Concilios intimaron la reforma y que no supo reformarse; con una Iglesia, donde los Papas habian llevado por la costumbre, y hasta por el lenguaje, las instituciones á los extremos mismos del Imperio romano; con una Iglesia, que habia sustituido el dogma por el arte y prestado á este elemento de la vida, sacándole de sus verdaderos límites, idolátrico culto; con una Iglesia paganizada y cesarista.

Nacen las especies en la naturaleza con órganos apropiados á su ministerio natural; nacen los hombres en sociedad con facultades apropiadas á sus destinos históricos. Savonarola habia nacido para reformador; y estaba en el caso de oponer á la Iglesia oficial, no solamente la pureza de sus propios ideales, sino tambien la pureza de sus rígidas costumbres. Para él, para su inquieto natural, era necesario, no solamente el ejercicio de la oracion que abre los cielos á las elevaciones del alma, sino tambien el ejercicio de esta intensa caridad social que no se satisface con socorrer individualmente al necesitado, con dar limosna al pobre, sino que quiere, en su intenso amor, redimir á todos los oprimidos y romper en mil pedazos la cadena de todos los esclavos. Así debia afigirle, desde sus primeros años, el espectáculo que ofrecia la Iglesia, é impulsarle á trabajar por la reforma. El año mismo, en que dejó el mundo y llegó al claustro, escribió una lamentacion semejante á las lamentaciones de Jeremías, titulada *De Ruina Ecclesiae*. Hay que leerla para alcanzar á medir con toda exactitud lo intenso de su dolor y la forma enérgica y severa en que este dolor se expresa. En tal cancion preguntaba á la Iglesia, aparecida bajo la forma de una casta Virgen, por la ciencia que en otro tiempo la iluminó; por la caridad que en otro tiempo la animó; por el candor, con que, en otro tiempo, se presentaba inmaculada á los ojos de los fieles; por sus santos, que convertian blandamente los corazones á la virtud; por sus doctores, que iluminaban las conciencias con las verdades recogidas en los cielos; y usando de aquellas alegorías, que estaban completamente en el gusto y en la tradicion de esta edad, veia una cortesana sensual y ebria, dando sus favores á todos los poderosos en el inmenso lecho de su proterva prostitucion. Y al decir esto, sentia no poder cortar las alas de ese monstruo

y tener que resignarse á estéril llanto y á inútil penitencia. En estos escritos se ven las influencias sociales, que desde un principio gobernaron el ánimo de Savonarola. Aquel palacio de Ferrara, donde los tiranos se erguian sobre los prisioneros, le arrastraba al odio contra la tiranía; y aquel Papa, que en el solio abandonara las reformas acariciadas en el concilio, le incitaba contra la situacion que entonces tenia la Iglesia. Y aunque, en sus lamentaciones hablara de plañidos, de lágrimas, de quejas, de elegías, lo cierto es que, ni en el asceta se encerraba todo el hombre, ni se encerraba todo el pensador en el teólogo y en el eclesiástico. Temperamento fortísimo, habia nacido para el combate; y en combatir cifraba toda su gloria, y combatiendo satisfacía todas las necesidades de su alma, incapaz de la resignacion y de la conformidad que predicaban sus versos. Pronto lo veremos en el combate.